

LILIANA FRANCO LOS SECRETOS DE LOS MINISTROS DE ECONOMÍA

Prólogo de Hugo Alconada Mon



SUDAMERICANA

Liliana Franco

Los secretos de los ministros de Economía

Sudamericana

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Martín, mi compañero de vida, con quien además disfrutamos
la pasión por la economía.*

A mi pequeña y querida familia.

PALABRAS PRELIMINARES

A menudo, la explicación más sencilla es la correcta.

Lejos de las teorías conspirativas, de las jugadas magistrales, de las decisiones meditadas o de los cálculos maquiavélicos, mucho del derrotero argentino se debe a razones simples que orillan lo patético.

El "caso Antonini" solo fue posible porque la comitiva llegó tarde a Buenos Aires... demorados en un VIP del aeropuerto de Caracas, Venezuela, mientras bebían y flirteaban entre ellos.

El "caso Ciccone" comenzó con una pelea marital.

Y el "Lava Jato" brasileño devenido terremoto hemisférico comenzó en 2014, allá en Curitiba, cuando un veterano policía reconoció la voz de un viejo pirata financiero, hasta entonces ignoto para sus colegas más jóvenes, en una conversación telefónica interceptada por orden judicial.

Tan simple y a la vez tan gravitante, en ocasiones, como eso. Y Liliana Franco se encarga de exponer esa paradoja. Ya expuso los secretos de la Casa Rosada, cómo se mueven, trabajan y piensan quienes ocupan el palacio presidencial, lejos de la pomposidad protocolar y la pátina mística que algunos pretenden arrogarse. Y ahora es el turno del Palacio de Hacienda.

Porque pensamos que las grandes decisiones que definieron la historia económica de nuestro país se adoptaron tras arduos debates protagonizados por algunas de las mentes más brillantes de la Argentina.

O podemos comprender que en ocasiones todo se debió a un rapto de lucidez.

O a un golpe de suerte.

○ a peleas intestinas por poder.

○ a un error.

○ a la personalidad —más sosegada o más sanguínea— de un funcionario.

Absorber esta dimensión hasta irónica de nuestro destino nos permitirá, acaso, entender un poco más y mejor por qué en ocasiones nos ha ido como nos va.

¿O acaso usted jamás se preguntó cómo pudieron tomar tal o cual decisión?

Acaso incluso se haya preguntado: “¿Pero no pensaron en los efectos derivados de tomar esa decisión?”. Y la respuesta corta y brutal es, a veces, no.

Por supuesto, bien vale aclarar que muchísimos funcionarios de valía pasaron por el Ministerio de Economía. Honestos, probos, magnánimos, trabajadores, compenetrados con su tarea y, lo afirmo, patriotas.

He conocido y conozco a muchos de ellos a lo largo de todos estos años de trabajo, y Liliana Franco los conoce más y mejor que, quizá, cualquier otro periodista contemporáneo.

Acreditada en la Casa Rosada y el Palacio de Hacienda desde los años ochenta, ella sabe de qué habla cuando habla. Estudió Periodismo y Economía en la Argentina y Alemania, donde también impartió clases. Trabajó en el diario *Clarín* y en Radio Rivadavia, y ahora informa desde *Ámbito Financiero*, y su rostro se reconoce en “Intratables”, el programa de América TV.

Por eso, porque profesionales de valía como Liliana Franco honran su trabajo cada día desde hace décadas, el problema lo afrontan aquellos funcionarios que deberían estar en la cárcel. ○, como mínimo, inhabilitados para ocupar nuevos cargos públicos a perpetuidad.

Porque los hubo corruptos, temerarios, timoratos, cómplices, cobardes, mezquinos, y también negligentes, imperitos, imprudentes y, demasiadas veces, incompetentes. ○ mentirosos y, como mínimo, manipuladores.

¿Imagina usted cuántas veces un ministro de Economía anunció un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, por ejemplo, sin mediar siquiera un llamado telefónico con las autoridades del organismo en Washington?

¿Qué diría usted si supiera las veces que un secretario de Estado anunció un aumento de tarifas de los servicios públicos —u otra medida atinente a su área— sin que lo supiera su jefe inmediato, el ministro, o el presidente de la Nación?

¿Y si además alguien le contara cómo esos mismos funcionarios, en ocasiones tan simpáticos y carismáticos ante las cámaras de televisión y los reporteros gráficos, destrataron a sus colaboradores y acosaron a sus subalternos?

Célebre es, por ejemplo, la anécdota de un ministro de Economía reciente que en plena asamblea anual del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial en Washington orinó dentro de una botella de plástico, delante de su equipo, en una pequeña oficina y tras pedirle a una colaboradora que se diera vuelta. Y célebre es, también, otro ministro acosado por los ataques de pánico.

Por supuesto, ocupar la cúspide del Palacio de Hacienda es, en la Argentina, casi un sinónimo de sentencia de muerte reputacional y civil. Eso explica, por ejemplo, que Roque Fernández le haya dejado un casco de combate y una tarjeta personal deseándole mucha suerte a su sucesor, José Luis Machinea, en 1999. O que Hernán Lorenzino pasara a la historia con su “me quiero ir”, acorralado entre lo que sabía que debía decir para salvar su dignidad y lo que sabía que no podía decir por presión de la Casa Rosada.

Pero no olvidemos, claro, a tantos otros habitués del Palacio. Tan habitués que encarnan al “poder permanente”. Porque los funcionarios pasan; ellos perduran.

Recuerda un exsecretario de Finanzas —uno de los más poderosos de las últimas décadas— que en su primera semana en el cargo lo visitaron los banqueros. Los pesados.

Él llamó al “mozo”, histórico, que le preguntó qué quería tomar.

—Un té con limón, por favor —respondió, para luego absorber una frase que recordará por siempre. Porque el mozo se dio vuelta, miró a los banqueros y lanzó:

—Lo de siempre, ¿no?

Allí, en ese momento y lugar, el secretario de Finanzas comprendió quiénes jugaban de local y quién de visitante en el Ministerio de Economía.

Estas son las líneas y directrices que Liliana Franco expone a lo largo de este libro, en las que las anécdotas son mucho más que anécdotas. Permiten vislumbrar el secreto detrás de los trucos de los supuestos magos y, a menudo, los hilos del titiritero.

Hugo Alconada Mon
Buenos Aires, 22 de marzo de 2019

PRÓLOGO

Con mi primer libro, *Los secretos de la Casa Rosada*, quise que los lectores entraran de mi mano a uno de mis lugares de trabajo cotidiano. Una nunca sabe si ese intento va a resultar exitoso. Es, en principio, una apuesta. A la luz de las lecturas y comentarios que recibí en los dos años que transcurrieron desde su publicación, creo que se cumplió el objetivo.

En este segundo libro, me propongo que los lectores entren ahora a mi otro lugar de trabajo, que se encuentra enfrente de la Casa Rosada: el Palacio de Hacienda. Es una casa que ha sido habitada por ministros muy poderosos. Más de uno, en los últimos años, se postuló como candidato a presidente (Domingo Cavallo, Roberto Lavagna). Mi acreditación original como periodista era en el Palacio de Hacienda. Me acredité en Casa Rosada cuando empecé a ver cómo tallaba la política sobre los ministros. Pero mi origen y mi esencia están en Economía.

En mi trabajo cotidiano, aprendí que algunas decisiones muy trascendentes, como la renuncia de un ministro de Economía, se producen por causas fortuitas. Muchas veces los funcionarios tienen que tomar decisiones que parecen muy meditadas, pero en realidad no lo fueron.

Un buen ejemplo de esto es la manera en que el expresidente Carlos Menem eligió a sus ministros de Economía. Llamó a Bunge & Born, porque dijo: "Estos son los que más exportan, son los que saben cómo conseguir dólares" (las reservas en divisas del Banco Central en ese momento eran insignificantes). Y les pidió que nombraran un ministro. Yo creo que Menem pensaba que podía hacer el salarizado, tal como lo había prometido durante su campaña electo-

ral. Pero después llegó al poder y no lo hizo. A veces, la ideología corre por detrás de las circunstancias azarosas que llevan a tomar una decisión u otra.

Los ministros de Economía suelen estar asociados a los sinsabores, a las angustias. Excepto, quizá, Domingo Cavallo en su primera época, y Roberto Lavagna, que debe de ser el único exministro de Economía que mantuvo una buena imagen después de abandonar el cargo. Asumió en medio de un gran descalabro en la economía, con una situación de crisis profunda y gran convulsión social. Aunque el trabajo sucio de la devaluación ya había sido realizado por su antecesor, Jorge Remes Lenicov, lo cierto es que Lavagna tomó decisiones de política económica gracias a las cuales logró que el país saliera adelante.

Uno de mis principios fundamentales como periodista es nunca meterme con la vida privada de los funcionarios. La única excepción puede producirse en los casos en que, en su vida privada, alguien haya utilizado fondos públicos perjudicando al Estado. Si un funcionario usó dinero público para financiar el cumpleaños de 15 de su hija, entonces creo que eso sí debe ser denunciado. Pero no me meto en otras cuestiones. Si tenían amantes, no me interesa. Cuando cuento alguna anécdota de índole privada, lo hago sin identificar a los protagonistas, porque sus nombres no vienen al caso.

Es sabido, por ejemplo, que el exvicepresidente y exministro de Economía Amado Boudou era un hombre de mucha vida nocturna, que trasladaba a veces al Palacio de Hacienda. Los detalles de su vida particular de los que pude enterarme me los reservo. Yo convivo, en definitiva, con presidentes, ministros y otros funcionarios. En las comitivas, durante los viajes, se ven muchas cosas. Y una termina viendo otro costado de estas personas, que quizá permanece oculto para sus familias.

Esto, en general, es compartido por mis colegas. El que ejerce como periodista político o económico no se ocupa de esas cosas. Hoy, además, nadie se escandaliza por nada. Tras su muerte, se dijo que el presidente Néstor Kirchner, por ejemplo, tenía a su amante,

Miriam Quiroga, trabajando en la Casa Rosada. Todos los que estábamos ahí sabíamos quién era, aunque el mundo se enteró después.

Ella estaba al frente de la oficina que se encargaba de recibir las cartas dirigidas al presidente. Cobraba un sueldo bajo y trabajaba con dedicación. Históricamente, siempre existió la posibilidad de enviarle correspondencia al presidente de la Nación. Es famoso el caso de la carta de René Favaloro en la que el eminente cirujano le solicitaba al entonces presidente, Fernando de la Rúa, el pago de una deuda con la clínica que él dirigía. Se cree que la carta nunca llegó a destino. Favaloro se suicidó poco tiempo después de haberla enviado.

Que uno pueda dirigirle una carta a un presidente tiene más valor que mandar un tuit o un mensaje de Facebook. Escribir una carta representa otro tipo de compromiso. El remitente firma al pie, es un documento. Además, es importante que el ciudadano tenga el recurso de apelar a la última autoridad, que está ahí por elección del pueblo. Y su función es resolver los problemas de la gente.

En la época de Néstor Kirchner, quien se ocupaba de leer la correspondencia y, de ser necesario, derivarla a las áreas correspondientes, era Miriam Quiroga. Tomaba muy en serio su trabajo. Nunca la vi ejercer ningún tipo de abuso de poder.

Ella acompañaba al presidente a todos los actos. La gente está acostumbrada a acercarse al primer mandatario con una carta pidiendo algo, reclamando algo, agradeciendo, transmitiendo ideas o inquietudes. Por las mañanas, ella se ocupaba de leer todas las cartas. Luego se reunía con el presidente y le comentaba: "Mirá, a esto me parece que hay que darle bola, a esto no, acá plantean que faltan medicamentos". Un presidente o un ministro que sepan aprovechar eso es como si tuvieran a miles de inspectores anónimos que le escriben informes. ¿Qué mejor propaganda para un mandatario que encabezar un gobierno que escucha a los ciudadanos? Néstor, como tipo de provincia que era, le prestaba mucha atención a estos detalles y señales.

Miriam Quiroga cumplió con su trabajo de manera responsable. Hoy en día, no tengo idea de qué pasa con las cartas que los ciudadanos le escriben al presidente. Sé que son recibidas, pero nada más.

La tecnología avanzó muy rápido en los últimos años, transformando nuestra vida en todos los ámbitos. El periodismo no está exento de esta transformación. En el tiempo que llevo en mi oficio, muchas cosas cambiaron, y otras se mantuvieron iguales. Empecé a trabajar en el Palacio de Hacienda en los años ochenta. En esa época, no existían computadoras ni celulares. Usábamos grabadores de cinta, de los viejos, que hoy parecen artefactos de museo. Tener un teléfono de línea a mano para transmitir era un lujo.

La mejor época para el trabajo de los periodistas en el Ministerio de Economía fue la de Domingo Cavallo, a pesar de su personalidad tan particular y su famoso mal carácter. Uno podía tocar el timbre en cualquier despacho y los funcionarios lo recibían, algo que hoy es impensable. No fue el único, también se pudo trabajar bien, por ejemplo, durante la época de Jorge Remes Lenicov o la de José Luis Machinea. Después, como relato en este libro, las cosas cambiaron.

Me gustaría, en estas páginas, reivindicar el rol del periodista acreditado. Es el que está todos los días ahí para informar a la ciudadanía sobre el desempeño de sus gobernantes. En Economía, en particular, es fundamental transmitir la información de manera correcta. Con un dato equivocado se pueden generar efectos perjudiciales en el mercado. Por eso, entre otras cosas, nuestro trabajo es tan importante, así como también la idoneidad de quienes lo llevamos a cabo, para informar bien y para no andar molestando a ministros y secretarios con consultas obvias o improcedentes.

En este sentido, me gustaría destacar el trabajo de Jorge Iorio, un gran defensor de la Sala de Periodistas y de quienes la integramos. Su memoria prodigiosa, que abarca hasta los más mínimos detalles, me ayudó mucho en la preparación de este libro.

Me gustaría enfatizar, también, la importancia del trabajo de los voceros, que no suelen ser conocidos por el gran público. Los buenos voceros de los funcionarios son los que nos ayudan a nosotros —y por intermedio de nosotros, a la gente— a conocer lo que está pasando. En particular, me gustaría resaltar el trabajo de Jesica Rey, vocera del exministro y luego diputado Axel Kicillof. Su tarea fue muy importante en épocas en que existía un corset informativo muy fuerte. Incluso en los momentos más álgidos de la pelea del kirchnerismo con la prensa, los periodistas recibían información sin inconvenientes, algo que no era habitual dentro de ese gobierno. Esto tiene que ver con la esencia de la democracia. No se puede excluir a un medio por ningún motivo. Es muy fácil atender a los periodistas cuando piensan igual que uno. El desafío es recibirlos también cuando piensan distinto. Jesica Rey, y por ende también Axel Kicillof, respetaban nuestro trabajo.

No me llegaron quejas, reclamos, ni enojos por las historias y anécdotas que incluí en mi primer libro. Intenté contar cómo es el poder cuando está en camiseta, sin esa solemnidad a la que nos tienen acostumbrados los políticos y funcionarios. La repercusión que generó entre los lectores es una señal de que ese mensaje fue bien recibido. Con este libro busco lo mismo.

Espero haber cumplido ese objetivo.

De crisis en crisis

Durante muchos años, tuve la oportunidad de dar clases de Economía a economistas y editores económicos de diferentes países del mundo, como Zimbabue, Ghana, Eritrea, países que formaron parte de la ex Unión Soviética, del Sudeste Asiático y China.

En conversaciones informales, a lo largo de los años, siempre me hacían la misma pregunta: qué le pasa a la Argentina. Por qué un país tan rico siempre está en crisis.

Me preguntaban alumnos de países africanos con niveles altos de analfabetismo y carencias que llegaban hasta la falta de agua.

Me costaba —y me cuesta— contestar sobre las razones del fracaso de una nación que, por su territorio, es el octavo país del mundo, que cuenta con abundantes y diversificados recursos y con una población homogénea y relativamente educada.

Debo reconocer que muchas veces sentí vergüenza, porque los problemas que generaron las sucesivas crisis de la Argentina no son estrictamente económicos. Y me resultaba difícil dar una respuesta sintética.

Entonces, siempre recurría a una ironía: “Dios estaba creando el mundo y repartiendo riquezas a los distintos países. San Pedro estaba a su lado y observaba que a la Argentina la dotaba de campos fértiles, de distintos climas y bellezas naturales. En tanto, a otros, como Japón, los confinó a territorios más inhóspitos, con terremotos y tsunamis. Asombrado, san Pedro preguntó: ‘Dios, ¿por qué tanto para la Argentina y tan poco a otros? ¿No es injusto?’. La respuesta fue breve y muy cruel: ‘No te preocupes, san Pedro, voy a ser justo, le voy a mandar argentinos’”.

El autor de esta ironía debe de ser argentino o alguien que nos conoce muy bien y no deja de reflejar la realidad. En el año 1919, el *Diccionario enciclopédico Larousse* señalaba que “todo hace creer